El Comercio
EDITORIAL

"Este es, precisamente, el reto del actual Gobierno: aprovechar la oportunidad para definir los parámetros de una verdadera televisión pública: orientada a servir a los objetivos de la educación, la cultura y la formación de identidad nacional y no a algunas ideologías o partidos políticos de turno, como solía hacerse en el pasado". EDITORIAL DE EL COMERCIO / 8 DE OCTUBRE DEL 2006

La promesa incumplida del Canal 7

El ajuste presupuestal que ha iniciado el Gobierno en el Canal 7 ha generado una explicable preocupación dentro y fuera de la televisora del Estado. Y es que se ha confirmado la reestructuración de algunos de sus programas, así como la eliminación de las transmisiones en vivo; también se ha dado a conocer un recorte de personal en general y algunos casos de cancelación de los contratos de trabajo en el área periodística.

Sin duda, estas medidas de ajuste suelen ser traumáticas, pero necesarias, cuando se trata de poner las cifras en azul en una organización. En este caso, según el directorio del Instituto de Radio y Televisión del Perú (IRTP), debe hacerse un recorte presupuestal de S/.5'700.000, que está bien si lo que se busca es ordenar las cuentas de las empresas a su cargo, como Canal 7 y Radio Nacional. Finalmente, es de público dominio que el Estado Peruano ha demostrado ser, por lo general, un pésimo empresario.

Pero más allá de eso, es claro que IRTP y la Presidencia del Consejo de Ministros (PCM) –de la cual depende– no han cumplido con agotar el debate que permita una reingeniería cualitativa de la televisora para transformarla en un canal público, participativo, en el que confluyan todas las fuerzas vivas del país, tal y como lo prometieron en octubre del 2006, es decir, hace casi dos años.

Consolidar un medio público sería innovador y colocaría al Estado Peruano a la altura de otras naciones que, oportuna y pertinentemente, tomaron la decisión de conceder a sus ciudadanos un espacio autónomo, en su directorio y en su gobierno administrativo; un canal independiente que dé prioridad a los contenidos formativos, culturales y enriquecedores que promuevan las tradiciones, así como la integración y los valores nacionales.

Ese no es el caso de Canal 7 que, históricamente, se ha mantenido al servicio del gobierno de turno y no al servicio de los intereses ciudadanos. Esa ha sido lamentablemente su tendencia, salvo el período en el que el gobierno toledista dio algunos pasos para instaurar una televisión pública.

Esperamos que el gobierno actual aproveche la coyuntura y dé el cambio que el país quiere ver en el canal del Estado para ponerlo realmente al servicio de todos los peruanos. ■

Todos podemos sumar por la conservación del ambiente

En la defensa del medio ambiente, tan amenazado desde varios flancos, todos podemos y debemos poner nuestro granito de arena. Es más, ante el drama del calentamiento global, los medios de comunicación están llamados a convertirse en espacios de reflexión, denuncia y explicación sobre los problemas que afectan la biodiversidad.

Así lo ha entendido **El Comercio** que, a través de sus diferentes publicaciones, ha venido marcando la agenda ecológica pendiente. La tarea, sin embargo, debe convocar a todos los estamentos gubernamentales e instituciones privadas, y ser permanente e ininterrumpida porque así lo exigen las graves amenazas que se ciernen sobre nuestros recursos amazónicos, acuíferos, forestales, de fauna, entre otros, que frenan el desarrollo sostenible y afectan la inclusión de miles de comunidades.

Por ello siempre resulta alentador que nuestro trabajo sea reconocido, como lo han hecho Conservación Internacional (CI) y otras instituciones ambientales que acaban de premiar dos reportajes de la revista Somos. Esta distinción nos alienta a seguir adelante y nos compromete en la tarea de proteger los ecosistemas. ■

LA MÁQUINA DE EXTERMINAR GENTE EMPRENDEDORA

Nuestros retos

Carlos Alberto Montaner (*)
Periodista

¿Por qué los Bill Gates o los Steve Jobs no nacen en Honduras? Quiero decir, ¿por qué en el Tercer Mundo no surgen personajes creativos capaces de desarrollar productos innovadores, y construir empresas que los comercialicen, creen empleos, generen grandes beneficios e influyan decisivamente en el destino del planeta? Si algo sabemos sobre la inteligencia y los rasgos de carácter de la especie humana es que están diseminados más o menos equitativamente. Los finlandeses que han creado Nokia y viven en un opulento paraíso en el norte de Europa no son más inteligentes que los dominicanos o los ecuatorianos aplastados por la pobreza. Por otra parte, potencialmente, el número de personas dotadas por la naturaleza con el ánimo emprendedor es también uniforme: un 20% del censo nacional.

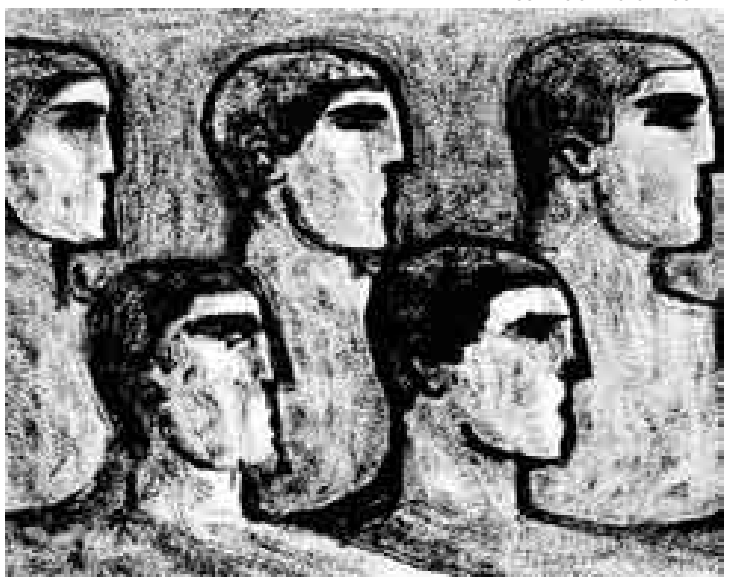
Álvaro Vargas Llosa se propuso responder a esta irritante pregunta en un libro extraordinariamente importante para el gran debate sobre el desarrollo titulado "Lessons from the poor" (Lecciones de los pobres), editado por el Independent Institute. La obra –que aparecerá en el 2009 en español bajo el sello de la editorial Espasa– comienza por desmentir la premisa anterior: en el Tercer Mundo sí surgen esos especímenes a los que antes llamaban "capitanes de industria", gente emprendedora, psicológicamente marcada por la necesidad de crear, convencer y vencer en el mercado. Gente que tiene un ojo especial para descubrir las necesidades de la sociedad y posee la energía indispensable para tratar de satisfacer esas carencias con los bienes y servicios adecuados. Gente, en fin, que siente la urgencia de triunfar, acumular riquezas y ser respetada y admirada por la comunidad en la que vive.

El libro, escrito por varios economistas importantes, compilado y prologado por Álvaro, quien dirige el Center on Global Prosperity, recoge cinco casos de notables éxitos empresariales conseguidos por personas pobres y en condiciones muy adversas. Dos de ellos ocurren en el Perú, otro en Argentina y los restantes en Nigeria y Kenia. En los cinco, hay unos personajes muy peculiares, inteligentes, disciplinados, laboriosos, tenaces, que ni siquiera han realizado estudios especializados, impulsados por la necesidad psicológica de alcanzar el éxito y obtener reconocimiento social, que se han guiado por el único método de trabajo que realmente funciona en el mundo económico: tanteo y error. Es así como los negocios surgen, crecen y prosperan: sobre la marcha, experimentando, improvisando, descubriendo todos los días cuáles son los caminos adecuados y cuáles nos conducen al fracaso. Nunca olvido el ejemplo de Domingo Moreira, un empresario de ese tipo, fundamentalmente intuitivo, creador en Cuba, probablemente antes que nadie en el mundo, de cadenas de restaurantes de pollo frito, a quien fui a visitar poco antes de su muerte, cercano ya a los 90 años. Yo fui conmovido a lo que sabía que era una despedida, pero él dedicó ese último contacto a explicarme un plan que tenía para desarrollar una industria alimenticia nueva a partir del palmiche, el fruto de la palma. Para ellos, para los que sienten el fuego de los emprendedores, el placer estaba en crear, luchar y, claro, triunfar.

Ahora hay que reformular la pregunta con que comienza este artículo: ¿por qué no hay más gente emprendedora en el Tercer Mundo? Y la respuesta es obvia: porque el Estado está organizado para obstaculizar a las personas provistas de este fuego creativo. No hay más que inconvenientes, corrupción, funcionarios parásitos que exigen coimas para no paralizar los proyectos, y gente bien conectada con el poder político que protege sus negocios de la libre competencia perjudicando, de paso, a los consumidores. Cuando Bill Gates puso en marcha Microsoft o Steve Jobs lanzó las computadoras personales Apple, no tuvieron que pagarle a un empleado público para registrar las empresas o a la policía para que no los asaltaran. Y cuando discutían con cuatro amigos en un garaje cómo iban a desarrollar sus planes, daban por sentado que nunca faltarían la electricidad, el agua potable o la manera de proteger sus derechos de propiedad. Ninguno de los dos, ni ninguno de los millones de empresarios que hay en el Primer Mundo tienen que enfrentarse todos los días a la deficiente infraestructura moral y física que hace tan cuesta arriba las labores empresariales en casi toda América Latina y en África.

El Tercer Mundo es una maquinaria implacable dedicada a exterminar a los emprendedores. No es que no nazcan: es que los asfixian en la cuna. Ese es el problema. ■

ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR



(*) Firmas Press

HUMOR PROFANO Por **Molina**

COMUNIDADES Y MODERNIDAD

El poder de la consulta pública

Francisco Miró Quesada Rada
Politólogo

En 1970 fui a la comunidad de Marco, en Jauja, hoy floreciente y siempre bello distrito, para participar en una fiesta cuya finalidad fue intercambiar experiencias combinando danzas de la sierra y de la costa. El encuentro estuvo organizado por la Asociación Artística y Cultural Jueves, presidida por Luis Maguiña. Una de las cosas que más me llamó la atención es que la mayoría de los marqueños se oponía a la reforma agraria porque consideraban que "les iban a quitar las tierras de la comunidad" y agregaban que el Gobierno no les había consultado.

En 1982, invitado a una gira por la selva, navegué por el lago de Yarinacocha en Pucallpa. El peque peque que me trasladó acoderó en la ribera que le pertenece a la comunidad de San Francisco. Reunido con los comuneros les pedí hablar con el alcalde. Se presentó un señor de edad avanzada diciéndome que era la máxima autoridad de la comunidad, que los comuneros lo habían elegido. Explicó que no tenían alcalde, pero si lo tuvieran además de elegirlo, paralelamente también elegirían al jefe de la comunidad y al consejo comunal. Cuando impartía clases en el Centro de Altos Estudios Nacionales, antes Centro de Altos Estudios Militares, un oficial que había combatido el terrorismo en Ayacucho me dijo que una de las cosas que más irritaba a los comuneros, además de la violencia, es que Sendero Luminoso, cuando ocupaba una comunidad, destituía a sus autoridades.

Los comuneros tienen su democracia, está en sus costumbres y una de las obligaciones de la autoridad es consultar a la asamblea cuando se tienen que tomar decisiones de interés para todos sus miembros, por eso no me extraña que las comunidades nativas protestaran porque el Gobierno no les consultó los decretos 1015 y 1073.

Gran parte de la política nacional, pero sobre todo el Estado Peruano, todavía sigue siendo colonial. No es un Estado árbitro y de servicio, que es precisamente el Estado moderno democrático organizado de acuerdo con derecho.

Hay quienes confunden modernidad con compraventa de tierras y con el mercado. Esta es una visión minimalista y reduccionista, una visión unidimensional y excluyente. La modernidad es una realidad más compleja que las relaciones de mercado, aunque las presupone. Por eso es un error calificar a las comunidades de antimodernas porque no responden a los parámetros de una modernidad, solo restringida a las relaciones económicas.

Por el contrario, los comuneros de la sierra y de la selva no están en contra de la modernidad económica y sobre todo tecnológica, pero quieren equilibrarla con sus tradiciones, que en la mayoría de los casos es oral. Una de estas tradiciones es que se les consulte, en el fondo también una práctica moderna porque es democrática. Combinar tradición con modernidad, como lo hacen ellos, es una sabia decisión que debemos imitar. En nombre de la modernidad no debemos excluir o destruir lo que no consideramos moderno. Como bien se pregunta el padre Vicente Santuc, rector de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, en reciente entrevista para **El Comercio**, ¿dónde está el proyecto nacional de gobierno que incluya a los shipibos, asháninkas, aguarunas y a los campesinos? La inclusión y la participación del pueblo en asuntos de su interés es el rostro positivo de la modernidad. ■

rincóndel**autor**
Richard Webb

Para pilotos y gobernantes el atrevimiento es una tentación fuerte y el desbarrancamiento sigue siendo una historia común en las pistas y en la economía

¿Frenar o no frenar?

El freno es un instrumento de velocidad. Un vehículo sin freno tiene que ir más lento o se estrella y nunca llega. En la economía sucede igual. Así parecen pensar los gobernantes que en casi todo el mundo han creado bancos centrales para regular el ritmo del gasto nacional.

Lamentablemente, para pilotos y gobernantes el atrevimiento es una tentación fuerte y el desbarrancamiento sigue siendo una historia común en las pistas y en la economía.

En 1967, desde enero hasta agosto, me tocó asistir a reuniones semanales del BCR con el presidente Belaunde para informar sobre la macroeconomía. El mensaje repetido del banco central fue: "Es hora de frenar".

Belaunde no se oponía, simplemente hacía caso omiso. Las ambiciones del mandatario eran grandes, las necesidades sociales agudas, el capital externo nos llovía y, por el momento, la economía nos era favorable. No se aplicó ninguna de las medidas recomendadas. El colapso se produjo en agosto, con una fuerte devaluación y un año después vino un golpe militar.

A inicios del régimen de Velasco la inflación se redujo y la economía retomó su velocidad, otra vez favorecida por el cuadro mundial. La agenda política y social del Gobierno era grande y el gasto creció rápidamente.

Pero en 1973 saltó el precio mundial del petróleo creando una inflación de origen externo. En vez de frenar, el Gobierno optó por subsidiar los precios de los combustibles y alimentos y siguió pisando el acelerador del gasto. La inflación fue mayor cada año, llegando a 68% en 1979, y se volvió la espada para el harakiri del régimen.

Belaunde regresó en 1980 con renovada ambición fiscal. El gasto público aumentó con fuerza y, cuando el BCR se negó a financiarlo en 1982, el Gobierno recurrió a un masivo endeudamiento externo. Desde su teléfono en el Ministerio de Economía, el ministro Manuel Ulloa llamaba casi diariamente a bancos del extranjero que, felices, otorgaban más y más créditos. Fue un momento de euforia financiera en muchos países, una burbuja, que finalmente reventó a fines de ese año, creando una repentina crisis que, por mala suerte, coincidió exactamente con el terrible fenómeno El Niño que golpeó al Perú entre enero y junio de 1983. El colapso fue mayor por las políticas de cigarra de los años anteriores.

El gobierno del presidente García trajo un nuevo momento de euforia gastadora. La economía creció 11% en 1986, y la aprobación presidencial llegó a 90%, creando la ilusión de que se había inventado una forma de esquivar las leyes de la sobriedad económica. Importantes empresarios se sumaban al entusiasmo.

A inicios de 1987 el presidente de la Confiep defendió al Gobierno diciendo que no le preocupaba el déficit fiscal. En marzo de ese año, el ministro de Economía, Luis Alva Castro, reunió a funcionarios y asesores para evaluar la política económica, y me pidió que abriera el debate con una "crítica desde afuera". La crítica fue rechazada casi en forma unánime por el grupo, pero al final fue el mismo ministro Alva quien coincidió con mi preocupación por los excesos en el gasto. Alva se apartó del Gabinete poco después y el Gobierno, en vez de moderar el gasto, optó por la nacionalización de la banca. Rápidamente estalló la hiperinflación, que llegó a 700% en 1988 y 3.400% en 1989.

Felicito entonces las medidas recientes del BCR y del ministro Valdivieso para frenar la velocidad del gasto. Creo que, por fin, estamos aprendiendo de la historia. ■